

mundo, porque Julio... Y luego, un par de días al menos, de cada semana, si es que no estaba suspendido «Arriba», Alfaro le reclamaba artículos, orientación y presencia en la imprenta de la calle de Ibiza, 11. Allí estaba yo aguardando a Gaceo con originales y grabados para ir ordenando las páginas, que luego José Antonio revolvía con arreglo a un criterio personalísimo y genial de la confección. Se enfadaba mucho si las cosas no estaban a tiempo y a su gusto; pero sus enfados eran para nosotros un regalo precioso a cambio de ser peones manejados por su destreza.

Otras tardes era en las sesiones del Congreso donde se perdía para ganar asco al politiquero en uso. Allí vería como nunca luminoso el haz de flechas sobre un sol radiante, que había de alumbrar a España una vez rota la costra de cochambre que la envolvía.

Pero de entre esta diversidad de ocupaciones iban saliendo espacios de tiempo que dedicaba a su «compañero solterón de por las tardes». Igual que luego, en la cárcel de Madrid, donde leía, escribía, planeaba, ordenaba y resolvía, también tenía tiempo para recibir las lecciones de su profesor de cultura física, si no en el plácido remanso del Jarama, sí en el patio de la prisión, formando un «once» de siete para regatear y chutar con un balón hasta sentir el inefable agotamiento de la fatiga muscular.

* * *

La noche del 19 de noviembre de 1936, José Antonio, con la pluma en la mano, revive su vida. Con la evocación de los seres queridos, a quienes escribe, se animan escenas y paisajes. Unos recuerdos le traen otros. Una vez más, en la noche tremenda, coge una cuartilla de su papel timbrado, tacha el domicilio y el teléfono y escribe:

Prisión provincial de Alicante,
19 noviembre 1936.

Querido Manolo: He encargado a Julio que me despida de todos los camaradas; pero a ti, mi profesor de cultura física y mi compañero solterón de por las tardes, tengo que enviarte un abrazo especial.

Ha cumplido ya sus deberes familiares y políticos. Acaba de escribir a Julio Ruiz de Alda, encomendándole que le despida de todos los camaradas. ¡Que ni uno sólo deje de recibir su despedida cordial y emocionada! Julio puede cumplir este encargo militarmente. El los formará a todos —piensa José Antonio—, y con su voz recia y brusca les explicará mi muerte, violento y escueto. Después gritará:

—¡José Antonio!

Y mis falangistas responderán con viril energía, tragando el sollozo:

—¡Presente!!

La imaginada ceremonia pondría sombras fatídicas en su tersa frente unos segundos, los que tardara en coger otro pliegucillo de papel y comenzar su carta a Manolo, al que tenía que dar un abrazo especial. Y luego continúa:

Da parte de él a los otros nadadores: Luis Aguilar, Agustín Aznar y el pequeño y valeroso Gaceo.

Aquellas mañanitas, apenas templadas por un sol todavía muy oblicuo, junto al plácido remanso del Jarama, desfilan con su luminosa alegría. ¡Qué mal nadan Aznar y Gaceo...! Pero también son nadadores. A nadar me acompañaron todo aquel verano... Y conmigo nadaron—¡con qué ejemplar maestría!—a todas las horas de todos los días en el mar alborotado y sucio de la vida española. Sigue la carta:

A todos os recuerdo mucho y aún confío en veros. Si Dios, sin embargo, lo dispone de otro modo, me resignaré y hasta el final os acompañará mi afecto.

De las imágenes luminosas y alegres ha de volver a la cruda realidad amenazante en la espantosa noche; pero como es católico, la melancolía, apenas asomada, se repliega bajo el amplio manto de su cristiana resignación, con el que promete arropar sus caros afectos hasta el final no temido.

¿Qué más puede decir a su profesor de cultura física y acompañante solterón de por las tardes?

¡Ah!, sí; en aquellas amables horas—breve tregua en la tarea cotidiana—, ¡cuántos amigos...! El, tan correcto, ¿cómo no va a despedirse de todos? Y escribe:

Tú conoces también a muchos amigos y amigas mías. Diles adiós de mi parte, seguro de que los que elijas estaban presentes en mi memoria.

Delicada misión que confía a Valdés, seguro de que quedará perfectamente cumplida. Se imagina con sus manos puestas sobre los anchos y fuertes hombros de Manolo, haciéndole el encargo. Está tan identificado con él que puede afirmar, en los segundos de evocación del pasado, que las imágenes que están en su mente surgirán en la de Valdés el día que lea sus líneas. Pero, ¿qué día será ése?

La noche avanza inexorable, y José Antonio aún tiene tarea. Más cartas y, al final, despaciosamente, el gran negocio del alma, que él, tan católico, no puede descuidar. Dios, el Sumo Juez, le espera.

—Pues allá voy, Señor; hágase tu voluntad y no la mía. Y termina rápido la carta:

Otra vez un fuerte abrazo.

José Antonio.

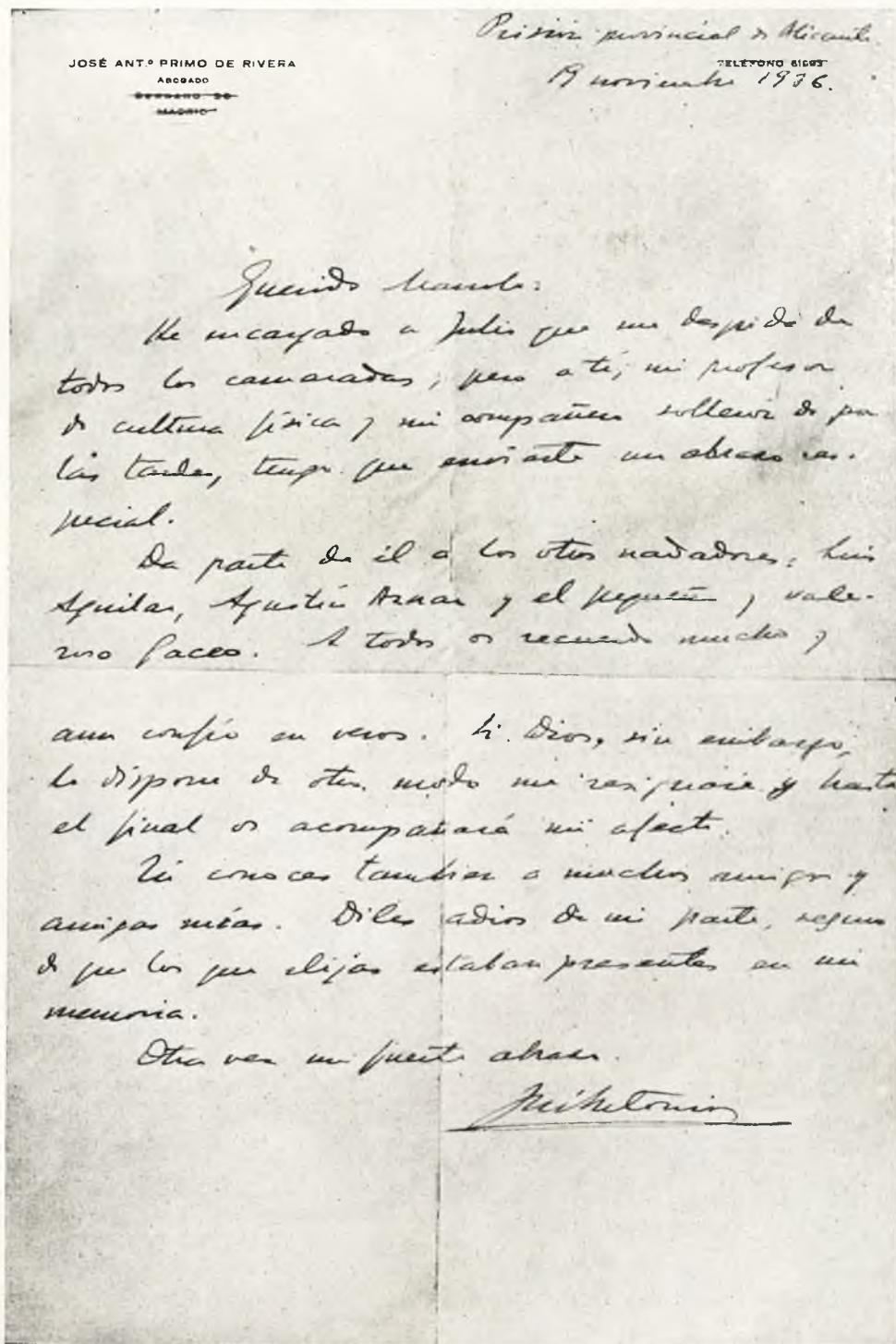
Es patética esta despedida abrazándole otra vez, la última. Se ve en lo apretado y resuelto, que es el último abrazo, ese que viene después de una morosa conversación que no se quisiera terminar, cuando el tren ha lanzado su silbido agudo, escalofriante, y hay que partir.

Luego firma: José Antonio; sólo José Antonio, como se firma para un hermano.

La cuartilla, escrupulosamente doblada, entra en el sobre: «Para Manuel Valdés».

—¡Ea, se acabó! Dios, el Sumo Juez, me espera.

—Pero mi espíritu estará siempre con vosotros.



He aquí el texto de esta emocionante carta de José Antonio, dirigida poco antes de morir, al camarada Manuel Valdés:

“JOSE ANT.º PRIMO DE RIVERA.—Abogado.—Prisión provincial de Alicante.—19 de noviembre de 1936. Querido Manolo: He encargado a Julio que me despida de todos los camaradas; pero a ti, mi profesor de cultura física y mi compañero solterón de por las tardes, tengo que enviarte un abrazo especial. Da parte de él a los otros nadadores: Luis Aguilar, Agustín Aznar y el pequeño y valeroso Gaceo. A todos os recuerdo mucho y aún confío en veros. Si Dios, sin embargo, lo dispone de otro modo, me resignaré y hasta el final os acompañará mi afecto. Tú conoces también a muchos amigos y amigas mías. Diles adiós de mi parte, seguro de que los que elijas estaban presentes en mi memoria. Otra vez un fuerte abrazo.—JOSE ANTONIO.”